

UNA LUZ QUE NO DEBÍA ESTAR ENCENDIDA

7 de noviembre de 2016. Barcelona

Las desgracias llegan como el frío: de golpe.

Cuando acabó su turno de guardia en el juzgado, Virginia Gilbert no sabía que, al cabo de unos minutos, se encontraría con una de esas circunstancias que creemos que nunca pueden sucedernos a nosotros y que nos parten la vida por la mitad. Hasta ese momento había llevado una existencia estable y feliz; no había cumplido aún los treinta y cinco, tenía un marido que la amaba y desde hacía casi diez años trabajaba de fiscal en los juzgados de Barcelona.

Ya entrada la madrugada, cruzó el umbral de la puerta del edificio de los juzgados y se detuvo unos segundos para disfrutar del aire helado que envolvía el amanecer en Barcelona, hasta que vio el autobús en la parada. Arturo, el chófer, acostumbraba a esperarla unos minutos siempre que le era posible. A esa hora apenas llevaba pasajeros.

Virginia apretó el paso mientras escarbaba en su bolso en busca del abono de transporte. Dio con el paquete de la farmacia que contenía la prueba de embarazo y chasqueó la lengua: otra vez se había olvidado de hacérsela. Seguro que era lo primero por lo que le iba a interrogar Diego al llegar a casa y volverían a discutir al respecto.

Subió al autobús, saludó a Arturo y se sentó, como siempre, en el primer asiento a la derecha, para poder conversar con él

hasta su parada. Virginia solía compartir con él anécdotas jugosas de su trabajo: las rocambolescas justificaciones de los detenidos, los gestos en los que se fijaba para averiguar si mentían... Las miserias y secretos de la condición humana, en definitiva. El conductor la animaba, le daba su opinión. Y ella disfrutaba de esa válvula de escape. Además, a Arturo le parecía una mujer muy guapa, pero de esas que no son demasiado conscientes de su belleza. Un día se atrevió a decírselo de pasada. En realidad, le dijo que le recordaba a Emma Watson. Virginia se rio y le contestó que la actriz era mucho más joven que ella, pero que siempre era agradable oír unas palabras amables al salir de una guardia, agotada.

Cuando llegaban a la parada de destino, Arturo se demoraba también uno o dos minutos. Virginia le había confesado que sentía miedo al pasar por la plaza que debía cruzar desde la parada del autobús hasta llegar a su casa. Solo cuando ella se giraba y lo saludaba con la mano, él hacía un gesto de despedida y arrancaba la marcha.

Sin embargo, aquella madrugada, Virginia no apretó el paso como acostumbraba a hacer al llegar al rincón del parque en el que el miedo la atacaba con más fuerza. Aquel día, el ruido de sus pisadas crepitando en la tierra y quebrando las hojas secas de los plataneros no la aterrorizaron como en otras ocasiones. Sintió un temor distinto. Fue una sensación que empezó en los huesos y que expandió un frío intenso hacia los músculos y la piel. Aquella madrugada no fue la oscuridad lo que le hizo temer lo peor, sino la luz, la luz de su habitación, que no debería estar encendida.

Cuando entró en el portal, el presentimiento de que algo no iba bien ya la había invadido con tal intensidad que no se acordó de girarse y despedirse de Arturo.

UN SILENCIO ABSOLUTO

Abrió la puerta y el silencio era absoluto. El miedo que había sentido hacía unos minutos le pareció absurdo. Encendió la lamparilla del mueble de la entrada y echó un vistazo. Todo estaba en orden: la mesa recogida, la televisión apagada y las persianas del comedor bajadas. Supuso que Diego se habría dormido con la luz encendida. Qué estúpida había sido. No debería dejarse llevar por esos impulsos irracionales que la asaltaban de cuando en cuando y que la arrastraban a los rincones más profundos de la oscuridad. Ese estado de alerta la había acompañado durante toda su vida.

Se descalzó en el comedor, dejó el bolso sobre la mesa y se dirigió con sigilo a la habitación. Abrió la puerta procurando no hacer ruido. Jamás se hubiera esperado la escena con la que se encontró. Su marido, Diego, y el mejor amigo de ambos, Fernando, parecían dormir plácidamente: largos, desmadejados, en un amasijo de brazos y piernas, los torsos desnudos, las sábanas revueltas.

El silencio era tal que podía sentir los latidos de su pulso reverberando en los oídos mientras la respiración empezaba a galopar furiosa, como si el aire que inspiraba le quisiese atravesar la piel.

Su imaginación empezó a funcionar a toda velocidad tratan-

do de encontrar una justificación plausible, una mentira piadosa que explicara qué hacían durmiendo juntos.

La invadió un repentino mareo y las náuseas se le agolparon en la garganta. Tomó aire varias veces y recuperó el control sobre sí misma. Se acercó a la cama y clavó las rodillas al lado de Diego. No iba a montar un drama sin saber qué había pasado.

—¡Diego!, Diego, despierta. ¿Qué hace aquí Fernando? ¿Por qué está la luz encendida? —Virginia le susurró al oído con cuidado.

Pero Diego no respondió. No se despertaba, no se movía. Virginia insistió y lo sujetó del brazo que colgaba desde el borde la cama para zarandearlo.

—¡Diego! Diego, ¿qué te pasa!? ¡Despierta, por favor! —Estaba helado. Le puso una mano sobre la nariz. No respiraba. Intentó escuchar los latidos de su corazón, pero dentro de su pecho había un vacío absoluto, un silencio de vértigo.

Y entonces la atravesó un calor punzante y empezó a temblar sin control.

La desesperación es algo físico. El miedo en estado puro es como un aspirador que te succiona el corazón del pecho.

El horror dio paso a los gritos y Fernando se irguió en la cama a duras penas, y miró aturdido a su alrededor.

—¡Fernando! ¡Diego no respira! ¿Qué ha ocurrido? —Virginia gritaba y no podía contener las lágrimas furiosas.

Él se llevó las manos a la cabeza por toda respuesta, como si contuviera un dolor insoportable, se encogió sobre sí mismo y se abrazó las rodillas.

—¿Me oyes? ¿Qué te pasa? ¡¡Fernando, Diego está muerto!!

Pero él no contestó. Rotó sobre sí mismo hasta tocar el suelo con los pies, y empezó a arrastrarse hacia el cuarto de baño, deshaciéndose en arcadas.

Virginia fue tras él, increpándolo, pero él no podía articular

palabra. Fernando parecía ahogarse sobre el inodoro, entre lloros y espasmos, así que corrió por el pasillo, cogió su bolso, sacó el móvil y regresó a su dormitorio mientras marcaba el teléfono de emergencias. Cuando una voz neutra contestó a su llamada, apenas supo qué decir y se derrumbó al lado de su marido, con la espalda apoyada en la pared.

—Me llamo Virginia Gibert, he llegado a mi casa y creo que... creo que mi marido está muerto.

Facilitó su dirección.

—No, no estoy sola. Estoy con... un amigo —le temblaba la voz.

—No parece que haya signos de violencia —respondió entre sollozos—. No parece que... Por favor, vengan ya.

Arrancó a llorar sin control.

—No, no respira. No sé lo que le ha pasado, ¡no lo sé!

Oyó la cisterna del váter y, al cabo de unos segundos, vio aparecer a Fernando. Él se sentó a su lado en el suelo y la miró. Cuando Virginia finalizó la llamada, ambos se quedaron unos instantes en silencio, hasta que Fernando quiso cogerle de la mano. Virginia lo rechazó con desdén, como si su mano le quemase y enterró la cabeza entre las piernas.

—¿Qué ha pasado, Fernando?

—No lo sé —cabeceó, estupefacto.

Virginia levantó la cabeza y lo miró entre lágrimas.

—Dímelo, por favor. Necesito saber qué ha pasado.

Fernando negó con la cabeza y ambos se quedaron en silencio, perdidos en sus propios pensamientos.

Al cabo de unos minutos sonó el timbre del interfono. Eran los servicios de emergencias. Virginia hizo acopio de fuerzas para levantarse del suelo; le fallaban las piernas. Esperó a que subieran al piso, abrió la puerta y, sin apenas mediar palabra, regresó a la habitación, para sentarse al lado de su marido.

Observó con incredulidad cómo la policía científica empeza-

ba a desplegar su material. Conocía el protocolo: en nada aparecerían por su casa el médico forense y el personal designado por el juzgado de guardia.

Otro destello de horror la invadió de nuevo. Acababa de recordar qué juzgado tenía asignada esa función aquella madrugada.